

A A. O.
que hacía pleita
junto al fuego
trenzando espartos
y creaba magníficas espuestas

LA PROMESA DEL MANUSCRITO

El periquito gorgoriteaba desde un tentáculo de la lámpara de pulpo del comedor. Esto me recordaba la frase favorita de un compañero de estudios cuando se aproximaban los exámenes: "Estoy más colgao que un perico." Así podía resumir mi situación. Había terminado la carrera pero no conseguía encontrar trabajo. Eran semanas de buscar en los periódicos, patear calles, rellenar currículos, pasar pruebas psicotécnicas y escuchar palabras de esperanza, que se difuminaba con el paso de los días.

No tenía dinero ni para comprar el alpiste del pájaro. Lo había sacado de su jaula para que sobreviviera cazando insectos o picoteara las migajas que quedaban esparcidas en la mesa.

Aquella mañana acababa de mojar uno de los cuernos del croisán en el café con leche, cuando mis ojos se quedaron enganchados en un pequeño recuadro de la sección "Pequeños anuncios":

"URGENTE.

Se buscan lectores de libros. Se paga por ejemplar leído o por horas. El trabajo se realizará en la biblioteca de la Diputación de 9.00 a 13.30 y de 15.30 a 20 h. Dirigirse a Juan de la Cuesta, 7. Ciudad."

Aparté el periódico y me quedé mirando, incrédulo, el asta atrofiada. De golpe, ésta se desprendió en plena taza y me puso perdida la única camisa que tenía: la camisa blanca de buscar trabajo. Aun así, decidí acudir con mis lamparitas intentando salir del túnel en que me hallaba.

A toda prisa me encaminé a la dirección indicada, con una carta de mi padre en el bolsillo de la chaqueta en la que me comunicaba que la vaca se había muerto. ¿Esta muerte tenía un significado físico o metafórico? No daba detalles.

Entré en uno de esos bloques uniformes, metálicos y acristalados que van engastando en las calles del casco antiguo. En los espejuelos de su fachada se veía, reflejada, la imagen troceada de un edificio modernista que aún resistía.

En una cámara frigorífica de acero inoxidable ascendí, en el umbral de la congelación, hasta el duodécimo piso. Llamé a la puerta 12-M. Me abrió un tipo vestido de gris de arriba abajo.

--Buenas, me llamo Andrés Iniesta, y vengo por lo del anuncio --me presenté.

--Pase --respondió el hombre de pelo gris.

Era una oficina de las que se alquilan por semanas, decorada funcionalmente: vinilo abundante, moqueta de poliéster en suelos y paredes, cuadros de serie, una mesa y un teléfono. Aunque suponía que aquellas cajas de bombones de cacahuete no venían todavía con personal dentro, aquel tío parecía formar parte del conjunto.

El hombre del traje gris plantó una silla delante de la mesa.

--Tome asiento, por favor, Sr. Iniesta.

Me senté tratando que la corbata no dejara al descubierto las manchas de la camisa. Otro tipo, sentado al otro lado, me espetó al terminar de hablar por teléfono:

--¿Sabe usted leer?

--Bueno, he tenido que leer su anuncio para presentarme aquí.

Era bajito, con dos círculos dorados alrededor de unos ojos exoftálmicos, calvicie incipiente, perilla de cabra y tez tostada (de tostador).

--Quiero decir si lee con algún método de lectura rápida, en diagonal, a saltos --puntualizó el señor "Tostada".

--No, a ras de página, soltando paja, que hay mucha. Soy licenciado en Ciencias de la Información parado, en avanzado estado de descomposición --me sinceré.

--Este es un trabajo temporal, cuya duración, en principio, no le puedo determinar. Depende del azar.

--Hago lo que ustedes quieran. Puedo bajar ahora mismo a buscarles un café, ir a por una chaqueta a la tintorería --llevaba una a cuadros horrible-- o hacer de chófer: tengo carnet de 2.ª. La luz de la reserva de papel de curso legal se me ha encendido, y a mi padre se le ha muerto la vaca, según dice --respondí acuciado por la necesidad.

--Puede servirnos --dijo, dejando a un lado la vaca de mi padre--, lo que nos interesa es la rapidez y calidad del trabajo.

--De qué se trata --pregunté--. Es el primer anuncio que veo con semejante petición, y puede creerme que he visto demasiados últimamente.

"Tostada" intentó hacerme comprender.

--Se trata de encontrar un párrafo insertado entre dos puntos y aparte, en uno de los libros de la biblioteca. No pertenece a ese libro. Ello será evidente de inmediato para un lector avisado. La seguridad de haber topado con el párrafo en cuestión la tendrá porque disponemos del principio del mismo: "La promesa de Cosssío de devolver el manuscrito se encuentra..."

Estaban interesados en conocer el resto, dijo, y me hizo notar que había una errata en la palabra Cosssío: tres eses seguidas.

--Sssiiiu..., no estoy seguro de haber comprendido del todo --reconocí.

"Tostada" hizo un esfuerzo:

--Alguien, que no viene al caso, accedió a un documento muy importante para una tercera persona en cuyo nombre actuamos. Sólo ese "alguien" sabe donde está, aunque no lo ha robado. Por razones que se nos escapan, sacó uno de los libros de la biblioteca de la Diputación, desencuadernó una de sus hojas y volvió a componer el texto tras introducir, como un párrafo más, la información que nos permitirá encontrar el documento. La operación la ha realizado un verdadero maestro de las artes gráficas: ha respetado el tipo y cuerpo de letra, ha impreso la nueva página en el mismo formato, gramaje y calandrado de papel, la ha encuadernado otra vez en el libro y ha colocado éste en su estante. El problema es que no sabemos de qué libro se trata.

--Ya veo. Una broma pesada --dije, esperando que todo aquello no lo fuera--. ¿Y puedo leer los libros que desee? --inquirí.

--No, disponemos de una relación de todos los libros de la biblioteca --y sacó del cajón un fajo de tiras de impresora--. Usted leerá los libros de las listas que le iremos suministrando --aclaró "Tostada".

El hombre con calcetines grises, sentado a mi derecha, dijo:

--Si es usted quien descubre lo que buscamos, aparte de su salario, recibirá una compensación especial de un millón de pesetas.

Estuve a punto de tragarme la nuez y la cabeza se me puso tan caliente, de pronto, que las ideas me saltaban como palomitas.

--No, no..., no puedo estar más que de acuerdo --balbuceé como un idiota--. ¿Puedo empezar ahora mismo?

--Por supuesto, aquí tiene la primera lista --"Tostada" me tendió una hoja--. Empezaremos por la literatura y la historia, donde presumimos que hay más probabilidades de éxito. Si no es así, seguiremos con la política y el ensayo, y, si fuera preciso, llegaremos hasta los libros de cocina y adiestramiento de perros.

Me levanté con mirada de sabueso y fui raudo hacia la puerta de salida, sin esperar más. ¡Horror! Había dos iguales, una al lado de otra. No quería dar una primera mala impresión a mis nuevos jefes intentando salir por el armario.

"Lobo gris" me salvó:

--Sr. Iniesta, antes tiene que firmar aquí y elegir la modalidad, por libro o por hora, marcando una cruz en una de estas dos casillas.

Volví para rubricar mi primer contrato. Escogí por libro leído, es decir, a destajo; por hora no sacaba ni para la dieta del perico.

"Tostada" me acompañó a la puerta, me deseó suerte y apeló a mi discreción. Al salir me di de bruces con otro aspirante al millón. Le llevaba una entrevista de ventaja.

En la calle, el sol había salido de nuevo o su luz era más intensa que cuando entré. Salí disparado hacia la "fábrica" donde sudaría mis primeros duros leyendo literatura. ¡Quién lo hubiera dicho!

Hacía un par de meses que no aparecía por la biblioteca. Miquel se alegrará de verme, pensé, después de mi desertión. Se iba a quedar como un palimpsesto cuando le contara la historia de la búsqueda del párrafo oculto. Quizá podría ayudarme.

Nada más entrar en la sala de lectura recibí un shock. Aquellas estanterías hasta el techo, con sus escaleritas de caracol, repletas de libros, que forraban las paredes, dejando apenas libre el hueco de las ventanas, cobijaban millones de páginas. En ese instante tuve la clara sensación que ganar aquel misero millón de pesetas era tarea de cíclopes con mil ojos fotoeléctricos.

Desalentado, fui en busca de mi amigo. Cuando me estaba acercando vi, en el lugar que Miquel ocupaba habitualmente, a un cegatón con cara de búho bonachón. Me recordó al personaje de español alelado y sediento de sexo que Alfredo Landa interpretaba en el cine hasta la muerte del abuelo.

--"Alfredo", ¿dónde está el bibliotecario? --pregunté a "Landa".

--Yo no me llamo Alfredo, señor --me respondió "Landa".

--¿Seguro?

--Mi nombre es Landa --mira por dónde--. Y déjese de historias. Yo soy ahora el bibliotecario --me cortó.

--No puedo. Actualmente tengo que vivir de ellas. Para empezar puedes buscarme la historia de "La guerra de las Galias", y el resto de esta lista me los vas preparando. ¿No sabes dónde está Miquel?

--No lo sé, nadie lo sabe exactamente --dijo mientras tecleaba como un poseo en el ordenador--. Todos no podrá ser, algunos están prestados.

--¿Cómo? --se me escapó.

--Esto es una biblioteca; el alquiler de videos es saliendo a mano derecha, pregunte por Timo. Aquí prestamos libros, pocos, la verdad. La gente no lee ni aunque paguen por ello --vaya hombre, pensé--. Qué quiere que le diga, es decepcionante.

--¿Ha desaparecido? ¿No estará enfermo? --insistí.

--Uno de la Diputación, que le conoce, me comentó que de un día para otro había pedido el retiro anticipado y se había marchado a una isla --me informó el búho.

¿A una isla? Los puntitos negros en el fondo de las gafas de culo de vaso de Landa acentuaron una impresión que tenía desde que había leído el anuncio: estaban ocurriendo demasiadas cosas extrañas.

Miquel Vidal era una persona rara para quienes no le conocían. Catalán de nacimiento, soltero y callado casi siempre. Le faltaban dos años para jubilarse. Su pelo blanco le daba un aire de sumo sacerdote en un santuario de libros ordenados religiosamente. Había leído una gran parte de ellos. Jugaba al "go" por correspondencia, pues nadie sabía en qué diablos consistía aquel juego japonés.

Durante años su única queja, reiterada, fue que no se leía; le parecía una tragedia. A veces íbamos a desayunar juntos al Imperial. Como no hablaba mucho, yo me llevaba el diario para ir echando vistazos. Mi amigo podía leer más rápido al revés mi periódico, desde el otro lado de la mesa, que yo al derecho; aprovechaba aquel respiro para enterarse de lo que pasaba en el mundo. A las nueve, el café se ponía de bote en bote y la gente se sentaba donde podía. Cuando alguien venía a nuestra mesa, a Miquel le gustaba sorprenderlo con su habilidad, comentando anticipadamente las noticias.

Un día estábamos el uno frente al otro, cuando vino a ocupar el sitio libre entre ambos un gitano elegante, peinado con brillantina y un anillo enorme de oro en el meñique. Miquel inició su exhibición lectora, y conforme fue avanzando empezó a crecer una mirada de recelo en los ojos del cingaro.

--Mira, Andrés --dijo, señalando una de las noticias del diario--:

... "A un ciudadano belga que se hacía pasar por diputado europeo lo sacaron a hombros de la plaza de toros de Alcantarilla, después de pronunciar un discurso contra las drogas. Al día siguiente el gitano miró a Miquel como si fuera un pitoniso.

--Hay dos erratas chocantes en la 2ª columna, 4ª y 5ª línea --remachó:

... "Se producen anímalas en la entrada de productos ordinarios de las Islas Canarias cuando son exportados a la Comunidad Europea."

El faraón superviviente de la España cañí terminó su café de un sorbo, se levantó y se marchó, pensando quizá que aquellos dos payos le podían robar la cartera.

De estos pensamientos me sacó Landa cuando trajo el libro que le había pedido. En la sala había cuatro gatos. Podía elegir el lugar de trabajo. Fui hasta la ventana que daba al patio y me puse a leer.

* * *

A pesar de cobrar por libro, cumplía rigurosamente el horario de la biblioteca. Era el primero en entrar cuando Landa corría el pestillo, y salía de los últimos cuando nos advertía, con un toque de campanilla, que cerraba en diez minutos. Sobre el paradero de Miquel siempre obtenía la misma respuesta: "Nada".

Durante días y días, que no puedo precisar, estuve navegando con el capitán Akab, a la caza de Moby Dick; exploré las entrañas de la tierra con el profesor Lidenbrock; resolví el misterio de los asesinatos de la rue

Morgue y descubrí la carta robada con el caballero Auguste Dupin; navegué hasta el estrecho de Magallanes con Pedro Sarmiento de Gamboa; participé en las aventuras del capitán Alonso de Aldana, el bachiller Florensa Molist y el predicador Javier de Parrilla; volé con Saint-Exupéry; viajé por España con George Borrow y Hans Christian Andersen; "David Copperfield", "Oliver Twist", "Canción de Navidad" (pensé que me darían las uvas allí); Galdós, Hemingway, Hesse, Baroja, Nietzsche, ...; "La familia de Pascual Duarte", "La colmena", "Viaje a la Alcarria"...; Martín Gaité, "Entre visillos", Carmen Laforet, "Nada"...

Empezaba a padecer fatiga mental. Algunos personajes abandonaban su historia y se colaban en otras, cambiando momentáneamente el curso de los acontecimientos y produciendo nuevas situaciones. A veces, sufría alucinaciones: las pestañas saltaban en llamas o los ojos se me quedaban tan secos como los de la calavera de Hamlet.

La rutina me hizo perder la noción del tiempo. Un letrero luminoso se encendía y apagaba en mis retinas cuando dormía: "La promesa de Cosssío de devolver el manuscrito..."

¿De qué manuscrito se trataba? ¿Quién era "Cosssío"? ¿Dónde estaba el documento que contenía la promesa de devolverlo? ¿A quién se le había ocurrido aquella rocambolesca idea?

"Cuidado, Andrés, que tu supervivencia depende ahora de ella."

"Sí, de acuerdo, pero ¿quién ha organizado todo este lío y por qué? ¿Para quién trabajan 'Lobo gris' y 'Tostada'?"

"Y a ti, ¿qué te importa? ¡Busca ese cochino millón, que buena falta te hace! Está esperándote entre las páginas de un libro. Tal vez lo tienes al alcance de los dedos, ¿quién sabe? Sigue adelante..."

Landa nos dio el primer campanillazo. Levanté los ojos y percibí la neblina densa de un cuadrilátero de boxeo sobre las mesas de la biblioteca; parecían sumergidas en la atmósfera cargada de múltiples partidas de póker de un antro clandestino. ¿La campana volvió a sonar, o era una alucinación de fumador de opio?

Salí a la calle y respiré tan hondo que debí agotar el oxígeno en un palmo a la redonda. Los títulos de la lista que llevaba entre manos tenían todos una marca roja al lado. Ello quería decir que al día siguiente no tendría material. Miré el reloj; eran las 7.55, si me daba prisa aún encontraría a "Tostada" y a "Lobo gris" en el cubo de acero inoxidable. Traté de animarme. ¡Más madera!, me dije.

Cogí el primer autobús y me derrumbé en el único asiento libre. A la parada siguiente, una anciana subió con un terrier escocés, con el pelo de la panza hasta el suelo; al caminar parecía arrastrar una alfombra con una cadenita. Se puso delante de mí, metió el felpudo entre mis piernas y, sin mediar palabra, me exigió descaradamente que le dejara el asiento, argumentando su edad. Yo estaba muerto.

--Perdone que no me levante --me disculpé.

Acababa de leer las "Memorias de un amante sarnoso", y le solté a la vieja el epitafio que Groucho Marx dejó escrito para su tumba.

El terrier pareció no aceptarlo y empezó a ladrar peligrosamente cerca del centro de gravedad. Se me hizo un nudo en la garganta, en medio del alboroto, así que, para prevenir males mayores, me levanté como un caballero, bajé e hice el resto del camino corriendo. Llegué por los pelos; "Tostada" estaba echando la llave.

A la mañana siguiente, después de todo, no oí el despertador. Al llegar, Landa me preguntó si se me habían pegado las sábanas cuando le tendí la nueva lista; al parecer se había acostumbrado a mi puntualidad.

--Sí, me he dormido. Estoy hecho polvo --me justifiqué--. No volverá a ocurrir.

Alguien pidió "Las mil y una noches".

--No lo entiendo, chico... ¡La rebelión de las masas! Salgo a lleno diario. A las diez tengo que poner ya el "Completo". Es como el videoclub de mi cuñado. A la gente no hay dios que la entienda. Y, además, vienen también con listas.

Landa contemplaba la sala casi llena, y ello le sumía en la perplejidad; desconocía las secretas intenciones de aquellas termitas.

Sobre la cabeza del búho, pendía el letrero que Miquel había puesto para recordar a los lectores el "castigo" que recaería sobre aquel que no devolviera un libro prestado. Era un facsímil de un texto que había encontrado en la biblioteca de la Universidad Pontificia de Salamanca. Decía así:



**"HAI EXCOMUNION RESERVADA A SU SANTIDAD CONTRA QUALESQUIERA PERSONAS,
QUE QUITAREN, DISTRAXEREN, O DE OTRO QUALQUIER MODO ENAGENAREN
ALGUN LIBRO, PERGAMINO, O PAPEL DE ESTA BIBLIOTHECA,
SIN QUE PUEDAN SER ABSUELTAS HASTA QUE ESTA
ESTE PERFECTAMENTE REINTEGRADA."**

Esto me recordó que estaba en pecado.

--Oye, Land... ¿A todo esto, cómo te llamas?

--Landa..., Lino Landa Quincoces... --se quedó pensativo--. En realidad me llamo Carolino... Ya ves, una apuesta de mi padre con los amigos durante una borrachera que cogió para celebrar mi nacimiento. Era un hombre de palabra.

--Oye, Carolino, tengo un libro de McLuhan en casa. Me lo prestó Miquel para la tesina. No sé dónde anda, lo tengo que buscar. Un día de estos te lo traigo.

--¿Cuál es tu nombre?

--Andrés Iniesta.

--¡Sí, hombre! El Sr. Vidal dejó una carta para ti, recordándote que tenías que devolverlo. Está ahí, en el despacho, pinchada en el tablón --había gente esperando con listas--. Puedes pasar tú mismo y cogerla.

Entré en la oficina que había sido de Miquel, desprendí la carta y me senté a leerla en su silla. Se disculpaba por no haber podido despedirse personalmente de mí y añadía: "Andrés, me he pasado la vida en esa ciudad, para ser precisos entre las cuatro paredes de su biblioteca, y ahora, cuando quizá ya sea demasiado tarde, me pregunto si ha merecido la pena. A mis años, no tengo un segundo que perder, he cogido mis ahorros y me he 'escapado', en lugar de aguardar una muerte vegetal como colofón a una vida a la que no hallo el sentido. Como autohomenaje he dispuesto algunas cosas para que mi marcha no pase desapercibida. Quizás, un día de estos sonará una 'traca' en mi honor. Si el follón consigue alterar de alguna forma el pulso provinciano que gobierna todo ahí, tómate una caña a mi salud: el objetivo se habrá alcanzado."

Me recordaba que debía devolver el libro; de esta manera, todas las cosas estarían en su sitio, y él podría acurrucarse tranquilo entre los brazos de alguna "nativa".

Doblé la carta cuidadosamente y traté de comprender aquella despedida pirotécnica. A mi alrededor estaban la mayor parte de los objetos que habían tenido un significado en su vida, y que de la noche a la mañana parecían haberlo perdido: su mesa de roble, su título de bibliotecario, su máquina de escribir, la vieja Remington...

Por un momento, me quedé suspendido, sin poder tragar aire.

--¡Por los 50 volúmenes del Digesto! --exclamé.

En la goma del carro de la máquina estaba escrito el resto de una palabra: "...osssío", como cuando uno se sale del margen derecho sin darse cuenta y sigue escribiendo. No podía ser una coincidencia: itres eses seguidas!; la C mayúscula probablemente se había quedado en el borde del papel.

¿Habría escrito Miquel el mensaje que yo estaba buscando? Esta interrogante se me quedó parpadeando en la cabeza como un intermitente. ¡No podía creerlo! Pero tenía la evidencia delante de mi nariz.

Estaba seguro de haber encontrado un punto de luz en el embrollo. Un punto que unía la desaparición de Miquel con el trabajo que me habían encargado "Tostada" y "Lobo gris". Había unos fragmentos de papel carbón encima de la mesa y otros estaban cogidos con clips a fichas de libros dentro de unos cajoncitos. Él siempre hacía copias. Recogí todos los que encontré. En ellos podía encontrarse la clave de aquel enigma. Los metí en el sobre de la carta para que Carolino no se diera cuenta, con la idea de examinarlos en cuanto llegara a casa.

Cuando salí, ya tenía preparado el primer libro. Mi lugar, junto a la ventana, estaba ocupado. Deambulé entre las mesas; todas estaban llenas de "buscadores de oro". Me tuve que sentar en el primer peldaño de una escalera de caracol hasta el mediodía.

Cuando sonó la campanilla salí volando con la idea de reconstruir en lo posible lo que estaba escrito en el papel carbón.

Llegué a casa, puse al perico dentro de su jaula, y me concentré en ordenar aquel rompecabezas. Pegué los trozos de papel carbón en los cristales de las ventanas y con una lupa empecé a rastrear su contenido. Las palabras se superponían unas a otras y era extremadamente difícil vislumbrar algún sentido en aquel galimatías sin un fundamento. Miquel había tenido que escribir de nuevo la palabra "Cosssío". Encontrarla era mi objetivo.

* * *

Me levanté temprano para estar en la biblioteca en punto. Llegué diez minutos antes de las 9.00 y ya había diez personas haciendo cola; uno estaba comiéndose un bocadillo. El número de buscadores aumentaba y yo sólo podía emplear media jornada. Por las tardes, buscaría los tres gusanitos que habían aparecido milagrosamente en el carro de la Remington.

El encontrarlos fue una labor paciente de copista. Al fin, pude dar con ellos. Allí estaban, en el cristal roto de parte a parte, uno al lado del otro: uno, dos y tres... "sssío". Sentí una alegría tan grande como si hubiera ganado el dinero del premio.

Era viernes y me dispuse a utilizar el fin de semana en remontar hacia atrás aquellos cauces revueltos de letras. Con la paciencia de un trampero fui río arriba hasta encontrar el manantial. A veces el hilo del discurso se cortaba, y tenía que saltar entre los pedazos de carbón que no conseguía unir como si fueran témpanos flotantes.

Así llegué hasta un "Muy señor mío" que parecía ser el origen de todo. He aquí lo que conseguí reconstruir: